

NUESTRA HERMANA DE VERDAD

Una aproximación hermenéutica feminista

Durante muchos años la autora del presente artículo ha estado batallando con una cuestión fundamental sobre María. Dada la riqueza y diversidad de la tradición mariana, evidente en el arte, la devoción, la teología, la liturgia y el dogma ¿cuál es el mejor modo en que nuestra generación puede interpretarla y relacionarse con ella? En una iglesia multicultural del siglo XXI, en un mundo globalizado donde millones de personas luchan por la vida y contra la injusticia, ¿cómo podemos apreciar su relevancia para la fe y la praxis? El artículo propone muy brevemente un acercamiento a María que la interpreta como una auténtica mujer (histórica) que nos acompaña en nuestras vidas (comunión de los santos). Este acercamiento puede dar vida a la figura de María y conectarla con los deseos espirituales y prácticos de la gente en la iglesia de hoy.

Concilium 327 (2008) 495-503

Una cuestión urgente

Desde mi perspectiva, la respuesta a las cuestiones teológicas y prácticas planteadas acerca de la persona de María había de ser lo suficientemente fuerte como para sobrevivir en dos contextos. Uno es el del secularismo, que azota a las naciones post-industrializadas, y donde la principal cuestión que queda en pie es la de Dios. El otro contexto es el de la lucha global por la plena dignidad de la mujer. En este último, la figura de María ha jugado un papel ambiguo, que en ocasiones ha conectado sutilmente a las mujeres con la divinidad, pero en otras ocasiones ha fortalecido la autoridad masculina que pone a la mujer en lugar su-

bordinado. La figura mariana pasiva y obediente que está dispuesta a hacer cuanto le digan los hombres con autoridad; la figura asexual cuya falta de experiencia se considera un signo de santidad; la mujer cuya *única* finalidad en la vida es dar a luz; la silenciosa personalización del llamado ideal femenino que consiste en nutrir y darse a sí misma; ninguna de estas ideas promueve el desarrollo de las mujeres en esta época ni ofrece una base sólida para resistir el dominio masculino en todas sus manifestaciones, con frecuencia físicamente violentas.

Muchas teólogas feministas de los Estados Unidos descartaban a María, muchas mujeres creyentes encontraban repelente su imagen y

muchos estudiantes de mi universidad, simplemente la ignoraban. La cuestión, por tanto, se hacía urgente: o repensamos su sentido o la tradición mariana morirá.

Una respuesta: conectar la memoria y la esperanza

Mi libro *Verdadera hermana nuestra: teología de María en la comunión de los santos* constituye un intento de responder a esta cuestión. El enfoque que he usado puede denominarse técnicamente hermenéutica histórico-liberacionista feminista de las escrituras en el contexto de la teología trinitaria. Dicho de otra forma, se fundamenta en las dos columnas gemelas de la memoria y la esperanza, y lo hace en dos etapas. En primer lugar, descubre a María como una mujer creyente verdaderamente histórica. Luego extrae el coraje, el consuelo y el desafío de su memoria viva, en cuanto que ella camina actualmente en la comunión de los santos. Este método formado por el binomio “entonces-ahora” surge de la idea de que la revelación salvífica de Dios tiene lugar precisamente en la historia, en unos tiempos y unos lugares específicos, y no en el ámbito platónico de las ideas eternas. Esto no significa que la doctrina y la devoción no tengan parte en la interpretación. Como dijo Pablo VI, la importancia de María está unida al hecho de que ella es efectivamente “nuestra hermana, que compar-

tió totalmente nuestra suerte como mujer pobre y humilde”. Este enfoque de dos pasos se fundamenta en tres supuestos

Supuesto teológico, histórico, práctico

1.- Supuesto teológico. Sólo existe un solo Dios, el Dios trino que crea, redime y santifica el mundo y lo llama a una comunidad de amor. En este marco, María se encuentra en el lado de la creación: es una mujer.

2.- Supuesto histórico. Con el paso del tiempo, el énfasis cristiano en la imagen del Padre-Hijo desplazó las imágenes femeninas de lo divino, las cuales pasaron a María. Ella se convirtió en el rostro materno de Dios, una figura protectora en un mundo cruel y una madre compasiva ante el tribunal del Señor. En nuestro tiempo, la teología ha mostrado que podemos dirigirnos a Dios, que creó al hombre y a la mujer a su imagen y semejanza, usando legítimamente el género masculino y femenino por analogía, pues el misterio inefable del Amor está más allá de ambos. Orlando Espín, por ejemplo, analiza la devoción a Nuestra Señora de Guadalupe, como una brillante pneumatología popular que, en última instancia, pone a la gente en contacto no con María, sino con el Espíritu de Dios.

3.- Supuesto práctico. Para ser viable hoy en día, la teología tie-

ne que dejar claro el vínculo que existe entre la fe y la justicia. Las comunidades eclesiales de base latinoamericanas, por ejemplo, han comprendido la semejanza específica de su vida con la de María de Galilea, una pobre mujer de pueblo, que sufrió la violencia del estado. “Para las mujeres pobres”, explica M^a Pilar Aquino, “María no es una criatura celestial, sino que es alguien que comparte sus vidas como camarada y hermana en la lucha”, un imán de esperanza para aquellos que han sido privados de sus vidas. Con estas intuiciones, la mariología se convierte en una compañera de la praxis de la justicia.

Sobre la base de estos supuestos, el enfoque de dos pasos de una hermenéutica de la historia acompañada por un recuerdo crítico y peligroso, conduce a una comprensión de María que puede servir a una fe liberadora en nuestro tiempo.

Primer paso: Descubrir a la mujer de Galilea

Para imaginarse a Miriam de Nazaret como una verdadera mujer de la historia que vivía con fidelidad a su Dios, no partimos de cero. La investigación del Jesús histórico, que ya cumple dos siglos, nos ofrece una información sobre la Galilea del siglo I que puede extenderse al redescubrimiento de la vida de María. Desde la investigación arqueológica, entre los

restos descubiertos en Nazaret, encontramos almazaras, lagares y piedras de molino, para moler el grano, lo que pone de manifiesto el carácter rural de esta localidad. Lo que no se ha encontrado es lo más significativo: en efecto, hasta el momento nada de lo encontrado indica que Nazaret fuese un poblado rico: no hay calles pavimentadas, ni edificios públicos, inscripciones, ni frescos decorativos, ni artículos de lujo. Los estudios económicos sitúan Nazaret en el estrato pobre del sistema financiero: formaría parte del 90 % de la población cuyo trabajo se pagaban los impuestos que enriquecían a la élite. Los estudios políticos dejan clara la violencia del modelo romano de ocupación, como cuando en el año 4 a.C. tres legiones romanas sofocaron un levantamiento de los judíos; crucificaron a dos mil hombres alrededor de Jerusalén y marchando sobre Séforis, a unos diez kilómetros de Nazaret, “quemaron la ciudad y esclavizaron a sus habitantes” (Josefo). Los estudios sobre la religión nos descubren el estilo laical de la práctica sinagoga judía, lejos del Templo de Jerusalén con sus sacerdotes y sacrificios. Los estudios culturales de la época y su influencia en las mujeres acaban de situar a María en su lugar y tiempo.

Contexto vital muy duro

Al conceder a María su propia existencia histórica, se evidencia

que el contexto de su vida fue económicamente pobre, políticamente oprimido, y de cultura campesina judía, caracterizado por la explotación y los sucesos públicamente violentos. Al quedarse peligrosamente embarazada, al dar a luz en un establo, al huir al extranjero como una refugiada, al realizar el duro trabajo de las mujeres en un pueblo agrícola, al sentir ansiedad ante el ministerio de su primer hijo, al perderlo al ser ejecutado por el estado, al vivir como una anciana viuda en la comunidad posterior a Pentecostés, María se convierte en hermana de las vidas no contadas de las mujeres marginadas a lo largo de la historia y de los que se solidarizan con ellas. La relevancia de este cuadro histórico se hace clara cuando la teología reflexiona sobre el hecho de que es precisamente a esta mujer (esta no-persona) a quien Dios ha hecho grandes cosas. En su comentario al *Magnificat*, Gustavo Gutiérrez observa cómo este canto profético de una mujer humilde, “nos habla del amor preferencial de Dios por los marginados y los maltratados, y sobre la transformación de la historia que implica la voluntad amorosa de Dios”. Sacar la ubicación social de María fuera de este análisis y de esta exégesis es perder su mordiente.

Segundo paso: Un recuerdo peligroso

A continuación, nuestro méto-

do investiga cómo la mujer histórica de los evangelios camina con la iglesia contemporánea, acompañando a los creyentes como una *compañera* de viaje. Esta conexión posee un sólido fundamento en la doctrina cristiana de la comunión de los santos, que conecta al pueblo a través de las generaciones mediante el poder del Espíritu. En cuanto mujer judía del siglo I que respondió sin reservas al Espíritu, María está ubicada en la comunión de los santos, lo cual no disminuye su singular vocación histórica de ser aquella mediante la que Dios se hizo niño, y tampoco la gracia específica que acompaña a su vocación. Mientras seguimos honrando su relación crucial y exclusiva con Jesús, al relacionarnos con ella como “nuestra hermana de verdad”, refocalizamos su importancia para la iglesia contemporánea de acuerdo con la totalidad de su vida agraciada vivida en presencia de Dios.

Patronazgo y comunidad

La cuestión que se nos plantea es el modo de relacionarla. Hay dos posibilidades. Tradicionalmente, la iglesia adoptó el modelo de patronazgo, según el cual María y los santos son principalmente los intercesores ante un Dios distante. Esta relación patrón-cliente no se encuentra en el NT ni en la iglesia de los primeros siglos, y sólo se desarrolló cuando la iglesia se estableció oficial-

mente en el imperio romano tardío.

Un modelo más antiguo, característico de la Escritura y de la época de los mártires, sitúa a María y los santos no entre Dios y quienes habitan la tierra, sino *junto* con sus hermanos y hermanas en Cristo en una comunidad de reciprocidad. En este modelo la clave es el recuerdo, no sentimental, sino el recuerdo del coraje, de las derrotas y victorias de los que trabajaron duro antes que nosotros para absorber sus lecciones de ánimo. En forma provocadora, Johannes Baptist Metz llamó a este tipo de memoria “peligrosa”. Al recordar así a María y los santos se suscita una fuerza moral que saca a la iglesia de la pasividad y la lanza a un compromiso activo y compasivo con quienes se encuentran en situaciones agónicas. Potenciados por su memoria, nos convertimos en compañeros de esperanza

De El Salvador nos llega un ejemplo concreto de cómo “funciona” este modelo. En los pueblos, la gente recita la tradicional letanía de los santos añadiendo los nombres de sus propios mártires por causa de la justicia. A cada nombre el pueblo responde “presente”, está con nosotros. Óscar Romero, Ignacio Ellacuría, Celina Ramos, jóvenes catequistas, colaboradores de la comunidad y líderes religiosos: todos “presentes”. El fuego de cada vida martirizada prende un nuevo fuego en la siguiente generación.

Dentro de esta inmensa nube de testigos se encuentra Miriam de Nazaret, una mujer de fe que oyó la palabra de Dios y la observó, colaborando con Él en la gran obra de la redención. Aunque las circunstancias específicas de su vida real no pueden repetirse jamás, en su compañía la iglesia encuentra la fuerza para afrontar nuestros encuentros con el Espíritu. Este ímpetu recibe un límite crítico cuando recordamos a la María histórica: pobre, mujer y en peligro, en una sociedad violenta. Entonces, la memoria viva de esta mujer de Espíritu resulta “peligrosa” en cuanto que despierta la lucha compasiva por el reino de Dios, por un mundo justo y pacífico en el que los pobres, las mujeres y todos los seres humanos y la misma tierra, puedan prosperar como seres amados por Dios.

“No tienen vino” (Jn 2, 1- 11)

Una típica familia pobre de Galilea da un banquete de bodas. El vino se agota, Miriam de Nazaret lo advierte y actúa. “No tienen vino” dice a Jesús. A pesar de sus dudas, ella consigue el resultado esperado: seis tinajas llenas de un excelente vino. En este relato joánico, el vino, más que la cantidad de 455 litros, significa el abundante don de la salvación que con gozo se derrama por la presencia de Cristo. Pero las palabras de María se hacen peligrosas al evocar proféticamente la crítica y la esperan-

za. Los pueblos de las naciones pobres oyen lo que dijo: “No tienen vino” y prosiguen: ni alimentos, ni agua potable, ni casas, ni educación, ni atención sanitaria, ni empleo, ni libertad, ni seguridad frente a la violación, ni derechos humanos. María se encuentra entre los marginados, formando parte del grupo que se queda sin vino y proclama la esperanza de los necesitados. Lo que la impulsa a pedir ayuda se corresponde con el deseo de Dios de propagar vida abundante sobre la tierra. Así como sus palabras impulsaron a Jesús a la acción de Caná, su petición desafiante se dirige a la conciencia de la iglesia que es el Cuerpo de Cristo en el mundo de hoy. Aunque la gente de las naciones ricas preferiría que no se les informara, su voz reverbera a lo largo de los siglos: “No tiene vino...debes actuar”.

La recepción de mi propuesta hermenéutica

La reacción al método hermenéutico en dos pasos que propongo en mi libro ya mencionado, ha sido abrumadoramente positiva. Las reacciones han confirmado que este enfoque da vida a la figura de María y la conecta con los deseos espirituales y prácticos de la gente en la iglesia de hoy. Hubo dos reseñas que fueron muy negativas. Una rechazaba la lectura histórica de los textos bíblicos a favor de la lectura doctri-

nal, sosteniendo que María conocía la divinidad de Cristo en el momento que lo concibió (algo insostenible desde el punto de vista histórico). La otra despotricaba contra el modelo de camaradería, puesto que no apoyaba las devociones marianas tradicionales que se fundamentan en la súplica. Ambas reseñas abogaban por una antropología de la complementariedad, defendiendo los roles distintos del hombre y la mujer, que se fundamentan en las funciones reproductivas biológicas. Por el contrario, devolver a María a su propia vida de mujer histórica, conectarla en la comunión de los Santos, permite que la teología lea los evangelios con la visión de una comunidad de discípulos en la que existe igualdad entre mujeres y hombres.

Conclusión

El método hermenéutico que interpreta a María como una auténtica mujer que nos acompaña en nuestras vidas, contribuye a una teología coherente con los elementos de la biblia, la tradición y el magisterio conciliar de la iglesia, que es capaz de promover la acción a favor de la justicia y la paz en el mundo, potenciando en particular el desarrollo de la mujer, y producir sentidos religiosos para nuestro tiempo. La Galilea del siglo I no es un mero contexto, sino la urdimbre y la trama del mundo en el que aconteció la revelación

de Dios. Fue en este escenario económico, político y cultural, viviendo su fe judía como campesina, donde María realizó su itinerario de fe. Fue en esta mujer concreta en la que Dios hizo grandes cosas, pues entendió su vida desde la convicción de que Dios elimina la opresión a favor de los pobres de

la tierra. Dejar que esta matriz de su mundo histórico modele la imaginación teológica, ayuda a asegurar que cuando la iglesia la honre y reflexione sobre su significado, verdaderamente impulse nuestro compromiso con el Dios de la vida: *Miriam de Nazaret: Presente*.

Condensó: DOLORS SARRÓ

La persistencia numantina en mantener en todo su rigor normas que incluso un gran número de fieles y de teólogos considera anacrónicas y a veces inhumanas, está creando una situación que no resulta exagerado calificar de desastrosa. La situación no tiene salida fácil mientras no se cambien los presupuestos de fondo.

ANDRÉS TORRES QUEIRUGA, *La moral eclesial atrapada entre el sexo y la política*, Mensaje 536 (2005) 11.